

LA VOZ DE LA SELVA



strongly believe that
if you decide
en
little
me
more to
own
Li 1108
y jo
bail



1

DONDE LA SELVA
LLAMA

EL RITUAL DE LA
VISIÓN

2

3

LOS QUE
CAMINAN SIN
ESCUCHAR

SUSURROS EN LA
HOGUERA

4

5

PALABRAS VACÍAS COMO
EL RÍO ENVENENADO

LA RESISTENCIA DE LOS
INVISIBLES

6



7

EL PESO DEL ORO

LA TORMENTA QUE
DESPIERTA

8

9

EL RUGIDO DE LA SELVA

ÍNDICE

DONDE LA SELVA LLAMA

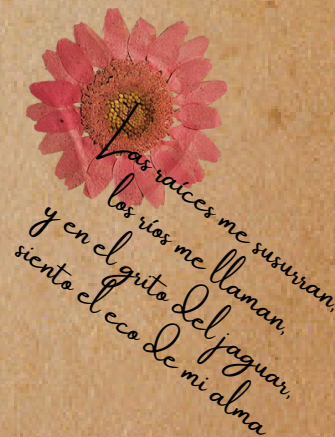
LLUVIA DIEZ

Dicen los ancianos que la selva no es solo árboles y ríos. Es una piel viva que respira, susurra y siente. Aquí, entre los gigantes verdes y las aguas que reflejan la luna, nací yo.

Mi madre me llamó Nayara, que en nuestra lengua significa 'ojos del río'. Dicen que cuando nací, mis ojos reflejaban el agua en calma, pero también las tormentas. Los ancianos creyeron que sería una de las que escuchan, una de las que ven lo que otros no pueden ver.

Soy hija de Sairé, el pueblo que aprendió a leer el viento, a escuchar los latidos de la Tierra y a vivir en armonía con su corazón verde. Desde pequeños, nos enseñan que los ríos son las venas del mundo, que los árboles son nuestros ancestros y que los jaguares, cuando caminan en sueños, nos traen mensajes del otro lado.

Mi madre me dio la vida, pero la selva me dio mi espíritu. Desde que tengo memoria, puedo escucharla. En el murmullo de las hojas, en el roce del agua contra la roca, en el canto de los pájaros al amanecer. Ella me habla. Y yo, con este diario, trataré de hablar por ella. Porque sé que el peligro se acerca. Porque sé que la selva llora y pocos la escuchan.



EL RITUAL DE LA VISIÓN



LLUVIA VEINTE

Cuando cumplí trece lluvias, los ancianos me llevaron al Árbol Madre. Sus raíces se hunden en la tierra como si abrazaran el mundo, y su tronco es tan grueso que hace falta el pueblo entero para rodearlo con los brazos. Allí pasé la noche, sola, con el silencio y la luna.

Cerré los ojos y escuché su voz en la brisa. Vi raíces retorciéndose como serpientes, vi el agua volverse oscura, vi fuego devorando las hojas y el cielo cubierto de humo. Vi a los jaguares huyendo, a los ancianos cayendo de rodillas y a Sairé reducido a cenizas.

Desperté con el aliento entrecortado. Alrededor de mi cuello, mi tótem colgaba como un peso nuevo: el diente de jaguar y la flor roja. Sabía lo que significaba. El jaguar me había elegido para ver lo que otros no querían ver. Y lo que vi me llenó de miedo.

Porque la selva me habló. Y esta vez, lo que me dijo, fue un grito de auxilio.



*Las raíces me susurran,
los ríos me llaman,
y en el susurro del viento,
escucho el futuro que llora*

LOS QUE CAMINAN SIN ESCUCHAR

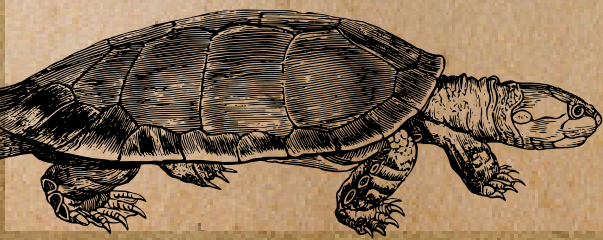
LLUVIA VEINTICINCO

Los vi por primera vez hoy, al otro lado del río. Venían con machetes que brillaban como colmillos bajo el sol y botas que rompían el suelo como si fuera barro sin vida. Había cinco hombres, y ninguno miró al bosque, a los árboles, a los animales. Caminaban como si no hubiera nada a su alrededor, como si no escucharan el crujido de las hojas ni el canto de los pájaros.

Me oculté entre los arbustos, con el corazón latiendo tan fuerte que pensé que podrían oírlo. Los vi marcar los árboles con pintura roja, como si los estuvieran condenando. Vi a uno arrojar algo al agua, un líquido oscuro que se mezcló con el río como un veneno. La selva no se movió. Se quedó quieta, como conteniendo la respiración.

Cuando regresé al pueblo, conté lo que vi. Algunos me creyeron, otros dijeron que eran hombres como cualquier otro, que quizás venían a comerciar o simplemente a pasar. Pero yo sé que no es así. Lo sentí en el aire. Lo vi en los ojos de esos hombres. Ellos no vienen a escuchar. No vienen a convivir. Vienen a tomar

*Ellos caminan con colmillos y ojos de piedra,
sus pasos dejan cicatrices,
su silencio grita destrucción*



SUSURROS EN LA HOGUERA

LLUVIA VEINTISIETE

El consejo se reunió esta noche bajo la Ceiba Sagrada. El fuego iluminaba los rostros tensos de los ancianos, y el murmullo de las voces pesaba en el aire como una tormenta a punto de estallar.

—Si hablamos con ellos, tal vez podamos evitar el conflicto —dijo Yurik, el cazador, con los brazos cruzados y la mirada afilada—. Si nos ven como aliados, nos dejarán en paz.

—¿Aliados? —replicó Tika, la curandera—. ¿Aliados de aquellos que abren la tierra como si no estuviera viva? ¿Que envenenan el agua que da de beber a nuestros hijos?

El consejo está dividido. Algunos creen que si les dejamos llevar su oro, traerán medicinas, herramientas, cosas que podrían hacernos más fuertes. Otros saben que no traerán nada, solo tomarán lo que quieren y nos dejarán con menos de lo que teníamos.

La selva nos ha hablado en sueños y señales, pero ¿qué hacemos cuando los hombres no escuchan?

Yo no hablé, pero escuché. Y en el silencio entre las voces, oí el canto de un pájaro nocturno. El curi-curi. Mi abuela me dijo una vez que cuando canta cerca, significa que alguien pronto se perderá.

No sé si hablaba de nosotros o de ellos.

*El fuego habla, la selva calla,
el oro brilla y la vida se apaga*

PALABRAS VACÍAS COMO EL RÍO ENVENENADO

LLUVIA TREINTA

Fuimos al claro donde acampaban los buscadores de oro. Fuimos con las manos abiertas, con palabras en la lengua y no con flechas en el arco. Los ancianos hablaron primero, sus voces firmes pero tranquilas, como el cauce de un río antes de la tormenta.

—Esta tierra tiene espíritu. Este río nos da de beber. La selva nos sostiene, nos alimenta y nos protege. Si la cortan, si la hieren, nos hieren a nosotros también. Los hombres nos miraron en silencio. Uno de ellos, el de los ojos grises como piedra, sonrió con los labios pero no con el alma.

—No queremos problemas —dijo—. Solo trabajamos aquí por un tiempo. No les haremos daño. No tomaremos más de lo que necesitamos.

Sus palabras eran como hojas secas, livianas y sin raíz. Porque mientras hablaban, sus hombres seguían cavando. Seguían manchando el agua con su veneno dorado.

Los ancianos pidieron que se fueran. Dijeron que la selva no era solo tierra para vender. Dijeron que aquí, cada árbol es un abuelo, cada río una madre. Los forasteros asintieron, con esas sonrisas que no llegan a los ojos, y dijeron que hablarían con sus jefes, que buscarían otro lugar.

Pero sé que mienten. Lo supe cuando vi el polvo de oro en sus manos. Cuando los vi mirar la selva no como un hogar, sino como un cofre que aún no han abierto del todo.

Cuando nos fuimos, la selva estaba en silencio. Ni pájaros, ni ranas, ni viento. Como si ella misma contuviera la respiración, esperando.

*Promesas hechas de viento.
sonrisas con colmillos ocultos.
La selva escucha.
aunque ellos no lo sepan*





LA RESISTENCIA DE LOS INVISIBLES

LLUVIA TREINTA Y TRES

Soñé con el jaguar otra vez.

Sus ojos eran dos brasas encendidas en la oscuridad. Caminaba entre árboles marcados con signos extraños, pero cuando su pata tocaba la tierra, las marcas desaparecían. Caminaba sobre las aguas envenenadas, y donde su sombra caía, el agua volvía a ser cristalina. Me miró, y supe lo que tenía que hacer.

Ya no hay dudas. No vendrán con palabras sinceras. No nos dejarán en paz.

El consejo ha decidido que no podemos enfrentarlos con violencia. Son más, tienen armas, tienen fuego. Pero eso no significa que no podamos luchar.

Si quieren robarle el alma a la selva, haremos que la selva les oculte el camino.

Desde hoy, los jóvenes nos movemos por la noche. Desmarcamos los árboles que han señalado, tapamos sus senderos con hojas y ramas, desviamos los pequeños arroyos para que sus campamentos se inunden. Los cazadores han comenzado a ahuyentar a los animales, para que no queden rastros de vida cerca de ellos. Hacemos que la selva se cierre, que respire y se defienda.

Si ellos no pueden verla como un hogar, entonces la verán como un laberinto sin salida.

*El jaguar camina en la sombra,
borrando huellas, cerrando caminos.
Si no escuchan la voz de la selva,
hará que se pierdan en su latido*



EL PESO DEL ORO

LLUVIA TREINTA Y CINCO

Hoy, las palabras se convirtieron en amenazas. Los hombres no vinieron con sonrisas fingidas ni palabras vacías. Vinieron con armas en las manos y furia en los ojos.

—¡Sabemos lo que están haciendo! —gritó uno de ellos, el que llaman Jefe. Su voz era como el trueno antes de la tormenta—. Si vuelven a tocar nuestras cosas, quemaremos este bosque. ¡A ver si les importa tanto cuando no quede nada más que cenizas!

Los ancianos les pidieron calma. Hablaron con palabras tranquilas, diciendo que nadie aquí quiere el conflicto, que solo queremos proteger lo que siempre ha sido nuestro. Pero ellos no escuchaban. Sus ojos no veían un hogar, solo un obstáculo.

—No son suyos estos árboles. No son suyos los ríos. Todo esto pertenece al que lo tome primero —dijo el hombre de los ojos grises.

El consejo nos reunió después, cuando los invasores se marcharon. Las palabras del Jefe habían caído sobre todos como una sombra pesada. Algunos quieren rendirse, dejar que hagan lo que quieran para evitar la violencia. Pero los jóvenes no quieren huir, no esta vez.

—Si quieren quemar la selva, que lo intenten —dijo Yurik, el cazador. Su voz temblaba de ira—. Pero no se los pondremos fácil.

Esta noche, regresamos a los caminos. Desviamos los arroyos para inundar su campamento, rompimos sus marcas en los árboles, y dejamos huellas de jaguar en la tierra mojada. No somos guerreros con armas de fuego, pero conocemos la selva mejor que ellos. Y si insisten en violarla, haremos que la selva misma se vuelva en su contra.

La lucha no ha terminado. Solo acaba de empezar.

Las garras del jaguar son ríos,
sus pasos, tormentas.
Si buscan al oro,
que el oro los pierda



LA TORMENTA QUE DESPIERTA

LUNA DEL JAGUAR

Hoy, el cielo se partió en dos y la selva lloró con nosotros.

El campamento de los buscadores se llenó de gritos y maldiciones cuando despertaron para encontrar sus herramientas destruidas y el agua inundando sus caminos. Al principio, parecían confundidos. Pero luego, la furia los consumió.

No tardaron en regresar al pueblo, esta vez con más hombres y con fuego en las manos. Gritaron que sabían lo que hacíamos, que esto era un aviso. "Si vuelven a tocar lo nuestro, quemaremos todo", amenazaron. Esta vez no escucharon ni siquiera las palabras tranquilizadoras de los ancianos.

Una tormenta se levantó al caer la tarde. El trueno retumbaba como un tambor en el cielo, y la lluvia caía con la fuerza de mil flechas. Estábamos reunidos, sentados bajo el Árbol Madre, hablando en susurros sobre qué hacer. Fue entonces cuando sucedió.

De pie frente al árbol, sentí una fuerza que me atravesaba. Cerré los ojos y lo vi: el jaguar caminando entre llamas, rugiendo contra las sombras. Pero esta vez, no estaba solo. Las ramas del Árbol Madre se extendían como brazos, apagando el fuego. Los ríos crecían y arrastraban todo lo que no pertenecía a este lugar. Y en el centro de todo, el jaguar y yo éramos uno.

Desperté con la respiración agitada y las manos temblorosas. Nadie dijo nada, pero todos me miraron como si hubieran visto lo mismo. Quizás, en el silencio de la tormenta, todos escuchamos el rugido.

*Cuando el cielo grita,
la tierra responde.
Cuando el jaguar ruge,
la selva despierta*





EL RUGIDO DE LA SELVA

LUNA DE LOS ANCESTROS

El momento llegó. Sabíamos que no podíamos enfrentarlos directamente, que sus armas podían destruirnos. Pero también sabíamos que no estábamos solos. La selva siempre ha hablado con quienes escuchan, y esta noche, decidimos responderle.

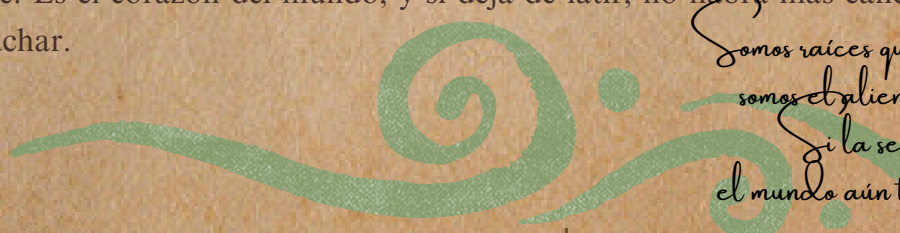
El consejo se reunió bajo la luz de la luna, que caía como un manto plateado sobre el claro. Los ancianos cantaron, sus voces mezclándose con el susurro de las hojas. Los niños llevaron ramas del Árbol Madre, y los cazadores esparcieron cenizas sobre el suelo, formando un círculo sagrado. Yo me arrodillé en el centro, sintiendo el corazón de la selva latir bajo mis manos.

Cuando el canto alcanzó su punto más alto, la selva despertó. Las ranas comenzaron a croar en un ritmo desconocido, los jaguares rugieron en la distancia, y el viento silbó como un eco de nuestras voces. La naturaleza misma parecía levantarse con nosotros, respondiendo al llamado.

Al amanecer, los invasores se encontraron con algo que no podían explicar. El agua del río había subido tanto que sus campamentos estaban inundados. Las herramientas que no habíamos tocado estaban cubiertas de lodo y raíces, como si la selva misma las hubiera reclamado. Y en medio de sus caminos, huellas gigantes de jaguar marcaban la tierra mojada.

Nos miraron de lejos mientras recogían lo poco que quedaba de su campamento. No volvieron a acercarse.

Hoy escribo estas palabras mientras la selva canta de nuevo. Hemos ganado tiempo, pero la lucha no termina aquí. No es solo nuestra. Es de todos los que respiran el aire de este mundo, todos los que beben su agua. La selva es más que Sairé. Es el corazón del mundo, y si deja de latir, no habrá más canciones que escuchar.



*Somos raíces que nunca mueren,
somos el aliento de los ríos.
Si la selva resiste,
el mundo aún tiene esperanza*

BIBLIOGRAFÍA

Kopenawa, D., & Albert, B. (2013). *The Falling Sky: Words of a Yanomami Shaman*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Shepard, G. H. (2019). The Indigenous worldview and biodiversity conservation: A case study of the Ashaninka people in the Peruvian Amazon. *Conservation Biology*, 33(4), 812-820.
<https://doi.org/10.1111/cobi.12345>

Kimmerer, R. W. (2013). *Braiding Sweetgrass: Indigenous Wisdom, Scientific Knowledge, and the Teachings of Plants*. Minneapolis, MN: Milkweed Editions.

Harner, M. (1973). *Hallucinogens and Shamanism*. Oxford: Oxford University Press.

Santos-Granero, F. (2015). The Deadly Dangers of Gold Mining for Amazonian Tribes. *Anthropology Now*, 7(2), 26-34.
<https://doi.org/10.1080/19428200.2015.1115748>

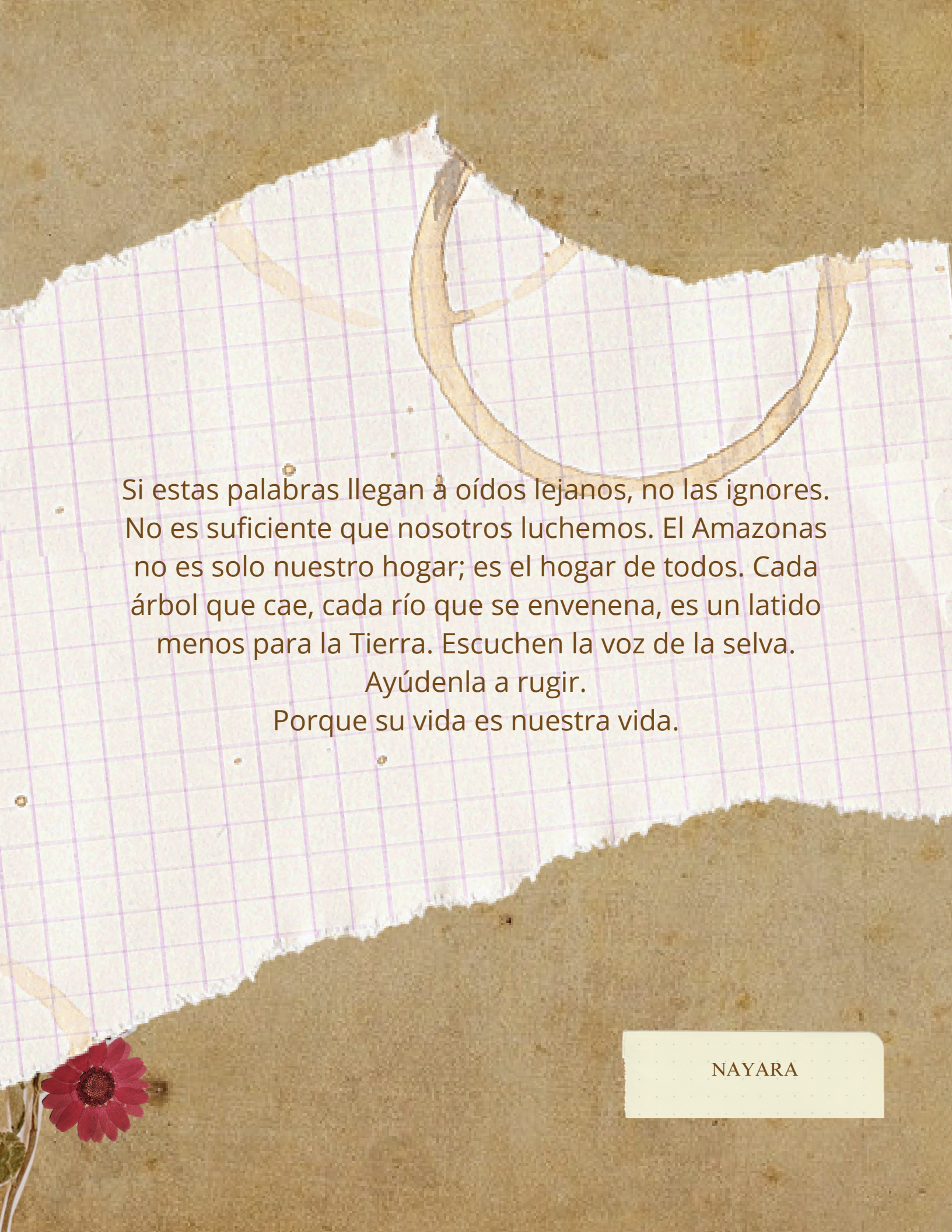
Reichel-Dolmatoff, G. (1996). *The Forest Within: The World-View of the Tukano Amazonian Indians*. Totnes, UK: Themis Books

Viveiros de Castro, E. (1998). Cosmological Deixis and Amerindian Perspectivism. *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 4(3), 469-488.
<https://doi.org/10.2307/3034157>

Posey, D. A. (2002). *Kayapó Ethnoecology and Culture*. London: Routledge

Luna, L. E. (1986). *Vegetalismo: Shamanism Among the Mestizo Population of the Peruvian Amazon*. Stockholm, Sweden: Almqvist & Wiksell International.

Lévi-Strauss, C. (1978). *Myth and Meaning: Cracking the Code of Culture*. Toronto: University of Toronto Press.



Si estas palabras llegan a oídos lejanos, no las ignores. No es suficiente que nosotros luchemos. El Amazonas no es solo nuestro hogar; es el hogar de todos. Cada árbol que cae, cada río que se envenena, es un latido menos para la Tierra. Escuchen la voz de la selva.

Ayúdenla a rugir.

Porque su vida es nuestra vida.

NAYARA